

LA INTIMIDAD EXTRAÑA

Manuel Fernández Blanco. Psicoanalista, miembro de la ELP y de la AMP

Elegí este título para mi aportación, como psicoanalista, a esta mesa sobre "Inmigración y Salud Mental". Lo elegí por su ambigüedad. Es frecuente que un sujeto pueda vivir su propia intimidad como extraña. Así, puede preguntarse: ¿Cómo yo puedo pensar eso?, ¿Cómo yo puedo desear eso? Pero también puede reaccionar a lo que, externamente, le aparece como extraño con la pasión más íntima.

El racismo es una pasión del ser, porque está conectada con el odio. Lacan nos ha proporcionado una definición muy simple y esclarecedora del racismo cuando ha situado, al origen de todo racismo, lo insoportable del goce del Otro. Lo insoportable de que el Otro no sea Uno. Que no goce de acuerdo a nuestra tradición. La tradición es siempre un modo de ordenamiento del goce. La tradición nos dice cuántas fiestas hay que hacer, cómo desarrollarlas, si se puede tener una o más mujeres, etc. Pero, ¿qué ocurre cuando la poligamia es practicada en París, como ocurre actualmente, por cerca de doscientas mil familias islámicas?(1). No es preciso recurrir a una diferencia tan radical, proveniente de una cultura teocrática. Puede ser una pequeña diferencia. Freud esclareció el mecanismo del "narcisismo de las pequeñas diferencias". La diferencia, siempre es una diferencia que alude al goce del otro como diferente (el andaluz vago y que sólo piensa en la juerga, el catalán avaro, el gallego desconfiado...). Lo que funda, realmente, al otro como diferente es su modo de goce.

De este modo, el buen modo de gozar, el modo ordenado de gozar, se ve amenazado desde el exterior, pero el peligro es interno. Lo que la clínica nos enseña es que ese peli-

gro, que puede sentirse proviniendo de fuera, puede aparecer igualmente proviniendo del interior del sujeto. El sujeto siente, a menudo, como extranjera su propia interioridad. Hasta el punto de enfermar de eso. El sujeto, a menudo, no se reconoce cuando siente el empuje a gozar del modo inadecuado (a los ojos de sus propios ideales interiorizados). El mecanismo de producción de síntomas responde a eso, a un intento de satisfacer, al mismo tiempo, a la pulsión y a la defensa. El síntoma es una formación de compromiso que incluye el retorno del goce inconsciente reprimido, del goce imposible de admitir como propio. Íntimo y extraño al mismo tiempo. Por eso el síntoma es egodistónico. Parémonos a reflexionar sobre esa expresión tan habitual. Egodistónico resume a la perfección la idea de que lo más íntimo, puede ser vivido como extraño. La extrañeza del goce inabrazable que nos habita. Así pues, lo más extraño puede ser o tocar a lo más íntimo, y suscitar el odio, incluido el odio a nosotros mismos. Lacan produjo un concepto para nombrar esto. El concepto de Extimidad.

Ese es el título que Jacques-Alain Miller eligió para su Curso "La Orientación Lacaniana" de 1.985-86 (2), así como el de una conferencia suya pronunciada en castellano (3). El neologismo Extimidad es un modo de decir



que "lo exterior está presente en lo interior" (4), pero, igualmente, apunta a que "lo íntimo es Otro, como un cuerpo extranjero, un parásito" (5).

Ese Otro hace vacilar la identidad del sujeto, lo agita y suscita el odio, el odio pulsional, diferente a la agresividad derivada de la rivalidad imaginaria con el semejante. Lo que hace realmente Otro al otro es su modo de gozar. Por eso el sujeto puede aparecer como Otro para sí mismo, odioso para sí mismo. No hay nada más extranjero para el sujeto que su interioridad, éste es el fundamento de la división subjetiva. El goce es lo que hace al sujeto Otro para sí mismo.

Con este desarrollo, pretendo enunciar que el rechazo del goce del otro, fundamento de todo racismo, es el rechazo de algo íntimo que aparece en el exterior, pero implica íntimamente al sujeto. Por eso, el concepto de Extimidad es tan apropiado porque supone situar lo exterior como interior al mismo tiempo.

Este exterior, este modo de goce diferente, no siempre produce odio, racismo o xenofobia. Es más, puede producir fascinación e imitación si está lejos. El goce del Otro, cuando está lejos se llama exotismo. Ese mismo goce produce xenofobia cuando está vecino, próximo, en casa. Es entonces cuando se vive como amenazante, atentatorio de la Unidad (nacional o yoica). El mismo sujeto que disfruta con el exotismo del magrebí, puede no tolerar al magrebí de vecino. Así la Idiosincrasia, se transforma en Odiosincrasia, tomando prestada una expresión de mi colega Amanda Goya (6). Este odio al goce del Otro, responde a la lógica según la cual el sujeto siente que ese Otro goza excesivamente pero, además, a su costa, a costa de su castración. Siente que el Otro viene a aprovecharse de lo suyo y sin pagar el precio.

De este modo, se puede aproximar el sexismo al racismo. Ya que el goce femenino aparece

como un goce radicalmente diferente, sitúa la alteridad fundamental del goce. Esto es lo que puede permitir hablar del racismo estructural entre los sexos. De lo difícil que se hace soportar que el Otro no sea Uno. Sabemos que, en ocasiones, esto deriva en situaciones dramáticas.

No seguiré por ahí, ya que me alejaría del tema que nos convoca a esta mesa sobre Inmigración y Salud Mental. Cuando me planteé intentar formalizar una reflexión sobre este tema, lo primero que hice fue acudir al diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Allí encontramos la siguiente definición de la palabra Inmigrar: "Llegar a un país para establecerse en él los que estaban domiciliados en otro. Se dice, especialmente, de los que forman nuevas colonias o se domicilian en las ya formadas".

Desde este punto de vista, son inmigrantes los catalanes que montaron la industria conservera gallega, los alemanes que están comprando Mallorca, los finlandeses y suecos que se afincan en las colonias residenciales de Marbella, el magrebí que cruza el estrecho en la patera, el gallego que trabaja en Altos Hornos, o el brasileño Djalminha, ese mago del fútbol, que juega en el Deportivo de La Coruña.

Sin embargo, cuando pensamos en lo que es un inmigrante, me parece que el imaginario colectivo piensa más en el magrebí de la patera que en Djalminha. Lo digo de partida, luego intentaré fundamentarlo: a mi juicio el primer riesgo, desde el punto de vista de la Salud Mental, es hacer del inmigrante un traumatizado, o pensar una psicopatología inherente al hecho de inmigrar.

Lo dice alguien que viene de Galicia, tierra de emigración por excelencia hasta hace poco tiempo, lo que dio lugar a teorizaciones -la referencia máxima en este sentido es Rof Carballo- sobre la Psicología da "Saudade" (algo así como nostalgia pero en su carácter específico de "morriña" -añoranza- de la tierra galle

ga). El hecho es que la "saudade" y la "morriña" no forzaban el retorno de aquellos que triunfaban en la emigración. Éstos, todo lo más, hacían el caserón en el pueblo para elevar el tótem de su éxito.

El término de inmigración, como subraya J.-A. Miller, es relativamente reciente. Siempre hubo extranjeros, pero la inmigración es un fenómeno correlativo de la Revolución Industrial que supuso que el asentamiento en un país extranjero se produjera a una escala de masas. Ese es un hecho nuevo, desde el punto de vista socio-demográfico. Sin embargo, desde el punto de vista del psicoanálisis el sujeto es siempre un inmigrado, porque el sujeto siempre tiene que habitar la casa del Otro. Siendo precisamente el problema que ese país extranjero es el país natal (7). El sujeto pasa siempre, en su origen, por una inmersión lingüística. Esto, en psicoanálisis, es lo que llamamos la alienación a los significantes del Otro, de ese Otro que lo preexiste y donde tiene que encontrar su lugar. El modo en el que se aliene al Otro, va a determinar las vicisitudes de su separación.

Desde el psicoanálisis se debe ver al sujeto inmigrado como a un sujeto que, al separarse del Otro, del Otro familiar, se encuentra consigo. Esto suscita una respuesta única, particular, diferente en cada inmigrante.

Lo que entonces ocurra, puede haber ya ocurrido y, entonces, se trataría de una repetición, por lo que el sujeto podría reconocerlo al hablar de ello. Pero, también, puede precipitarse por primera vez. En este caso, la separación de su lugar de origen, funcionaría como un mal encuentro. El sentimiento de desamparo, la certeza de la angustia, el síntoma del aislamiento, son las respuestas a ese mal encuentro.

Si nos detenemos un poco, conviene observar que la palabra encuentro supone una presencia, o sea, un encuentro con algo. Por el con-

trario, en los discursos más habituales relacionados con la inmigración, se subraya el componente de pérdida, pérdida de lo que llamamos lo familiar.

Ésta es la posición radicalmente diferente del psicoanálisis: pensar la inmigración como la respuesta particular de cada inmigrante a lo que aparece en el momento de la separación y no desde la nostalgia de lo que se abandonó. ¿Cuántos son los inmigrantes en Euskadi, o en Galicia? Todos, sean vascos o no, sean gallegos o no. ¿Es la lengua lo que constituye el problema? No, porque eso ya fue. Ya tuvimos que aprender la lengua del Otro, como mencioné antes, así como saborear sus comidas, bailar sus bailes o aprender sus canciones. Todo esto es un modo de ejemplificar como, para el psicoanálisis, el sujeto del amor, del deseo, del goce, el sujeto de la angustia, se constituye en la casa del Otro. El sujeto se conforma con los significantes del Otro, con sus dichos y decires. La alienación no es el proceso de aprender la lengua del Otro, sino el proceso de cómo la lengua del Otro nos aprehende, nos constituye, nos hace.

Pero éste es un primer tiempo de la constitución del sujeto. A este primer tiempo, le sigue un segundo tiempo donde el sujeto es "arrojado" fuera de la casa del Otro: es la separación. La separación pondrá a prueba la alienación. Pondrá a prueba si, en ese primer momento, el sujeto se dotó de recursos para tolerar la separación y enfrentar sus contingencias, sea en su país de origen o en un lugar no familiar, desconocido.

La separación pone a prueba, entonces, los recursos simbólicos de un sujeto particular.

La distinción entre país propio o país extraño no es una distinción sostenible, aún admitiendo que habrá un plus de desorientación o dificultad en un lugar desconocido, no es sostenible salvo que queramos hacer del inmigrante un traumatizado. En este caso hablaríamos de una psicopatología específica y de una



demanda específica de la población inmigrante. Considero que esto entraña muchos riesgos, aunque se plantee desde las mejores intenciones. ¿Qué riesgos?

En primer lugar, favorece la identificación masiva al "ser inmigrante", con su posible correlato de victimización e infantilización. Hacer del inmigrante, en su calidad de tal y por el simple hecho de serlo, sujeto de ayuda lo avoca a una posición dependiente o víctima que puede contribuir a congelarlo en esa identificación y desresponsabilizarlo de su posición subjetiva. Flaca caridad sería ésta.

Por otra parte, el hacer del inmigrante un semblante de ser: "ser inmigrante", borra las particularidades. Hace obstáculo a la particularidad, hace obstáculo a escuchar, más allá del inmigrante, al sujeto, a su síntoma particular. La patología es del sujeto, no del inmigrante, por más que la inmigración pudiera desencadenarla.

La inmigración es una separación, una forma abrupta de separación. Convendría reflexionar que, por ejemplo, una separación de pareja pone en juego los mismos elementos que la inmigración. ¿Cómo hacer si ya no tengo cerca de mí al Otro?. Estructuralmente es lo mismo abandonar el lugar de origen, separarse del lugar familiar, que separarse de la pareja y permanecer en la misma ciudad.

El parentesco estructural entre las dos situaciones, cuando dan lugar al desencadenamiento de psicopatología, se observa en lo similar de la respuesta que indica el extravío del sujeto: depresión, angustia, aislamiento, o bien añorar volver... como con la pareja. Podemos recordar, en este sentido, la depresión por desarraigo de Tellenbach.

Del mismo modo que el psicoanálisis sostiene que no hay síntomas escolares, sino síntomas de un sujeto en la escuela, ni "síntomas militares", sino síntomas de un sujeto en la mili,

sostiene igualmente que la inmigración -más allá de las dificultades tangibles que la realidad supone- va a activar en un sujeto los recursos simbólicos que tiene para enfrentarse a la separación. Es lo mismo que cuando un niño se separa de sus padres, o cuando se queda a solas, o cuando tiene la desventura de enfrentarse a su pérdida en lo real. No debe ser valorada la inmigración en sí, sino la respuesta particular del emigrante a la separación. Si la inmigración es traumática, para algunos sujetos, lo es por la significación particular que tiene, incluida la imposibilidad de darle una significación a esa separación.

Lo que hace que un acontecimiento sea traumático es no disponer de un recurso simbólico para significar lo real de ese acontecimiento. Lo que traumatiza es no poder metabolizar el hecho, por medio del sentido. Esto es muy importante subrayarlo, ya que el carácter traumático de un acontecimiento no depende exclusivamente de la dureza de las condiciones objetivas. El acontecimiento más grave, las vivencias más duras, no tienen forzosamente por que devenir traumáticas.

Por otra parte, cuando hay trauma, hay implicación subjetiva en el hecho. Implicación imposible de tratar cuando se hace del traumatizado exclusivamente una víctima.

El déficit de un inmigrante, para un psicoanalista, es, más allá de los déficits materiales, un déficit de escucha. Así que al lado de, por ejemplo, "Bilbao Acoge", el psicoanálisis postula un "Bilbao Escucha"... incluyendo el "Bilbao Acoge".

Indudablemente, el inmigrante necesita cubrir sus necesidades y ser sujeto de derechos y obligaciones. Pero, más allá de eso, el psicoanálisis es la oferta de una escucha al pathos de un sujeto para ofrecerle volver a entrar en la casa del Otro -que no es más que su historia- y así, recorriendo los significantes de alienación al Otro, poder confrontarse a la separación.

ción, de otro modo, responsabilizándose de ella. A fin de cuentas, asumir la separación es asumir que el país de origen está perdido para todos desde siempre. Ya que, para el psicoanálisis, el país de origen (más allá del grato sabor del pan del terruño) no es más que otro nombre de la añoranza del sujeto por un goce del que, debiendo haber aceptado su pérdida, no se aceptó.

Aceptar perder ese goce es la condición para que un sujeto sienta como suyo el lugar donde está, asumiendo su nacimiento y orígenes como una contingencia.

El niño es de allí donde nace, el adulto de donde le lleva su deseo. El psicoanálisis nos hace a todos emigrantes ya que es una invitación a abandonar la casa del Otro, familiar y pueblerino, para habitar la casa propia, la que le deseo construye.

Cuando la separación se torna un problema, cuando deviene traumática, algo se repite. Por eso la separación es, en ese caso, encuentro, repetición. De nuevo, otra vez. Ahí se hace preciso volver a la historia, a lo que nos unió al Otro, para poder separarnos. Para poder ser, sin sufrirlo, un exiliado del Otro, estatuto inherente al ser humano. El único exilio traumático es el del propio deseo. Deseo que es a su vez, el remedio más eficaz contra la angustia y la depresión.



*II Coloquios de Salud Mental Mesa sobre "Inmigración y Salud Mental" Bilbao, 27 de abril de 2.001

Referencias Bibliográficas:

- Recogido en SARTORI, G.: La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros. Madrid, Taurus, 2.001, p. 118.
 MILLER, J.-A.: Extimíté, curso inédito, 1.985-86.
 MILLER, J.-A.: "Extimidad", El Analicón 2, Barcelona, Correo/Paradiso, 1.987, pp. 13-27.
 Ibid., p.16.
 Ibid., p.17.
 Goya, A. "Odiosincrasia", en Jornadas de Trabajo sobre Clínica. "Clínica de la Violencia", textos editados por la Sección Clínica de Madrid-ICF y la Sección de Madrid-Escuela Europea de Psicoanálisis, pp. 107-112.
 MILLER, J.-A.: Extimíté. Desarrollado en la lección del 27 de noviembre de 1.985.